

gencia le presagiaba un reinado débil y cien trastornos civiles; el duque de Orleans le repugnaba como una intriga coronada, y la Constitucion de 1791, lealmente practicada, le hubiera satisfecho á no ser por las traiciones que imputaba á la corte. La dictadura que ambicionaba para él era la dictadura de la opinion pública; la soberanía de su palabra no aspiraba á otro imperio, y todo movimiento convulsivo de las cosas podia perjudicarle.

## LIBRO VEINTE.

Fermentacion.—Los marseleses y el ayuntamiento de París piden la proscripcion del trono.—La corte se prepara á la resistencia.—La acusacion de La Fayette es rechazada.—Insulto á los diputados constitucionales.—Preparativos de los insurgentes.—Noche del 9 al 10 de agosto.—Tócase á rebato.—Escenas íntimas entre los conjurados.—Angustias de la reina y de madama Isabel.—Descripcion de las Tullerías.—Disminucion de las tropas.—Espíritu que las anima.—Posibilidad de rechazar á los insurgentes.

### I.

Sin embargo, la fermentacion crecia de hora en hora. Por todas partes se oía aquel murmullo sordo que presagia las catástrofes de los imperios, como las de la naturaleza. La Fayette decian que iba á marchar sobre París. El viejo Luckner habia confiado este proyecto á Guadet en una comida en casa del obispo Gobel. Advertido del peligro de esta confianza, Luckner se retractaba ahora; los federados acumulados en París, rehusaban salir pretestando las traiciones manifiestas de los generales aristócratas á cuyas órdenes se les mandaba, no á la victoria, sino á la muerte. Dumouriez habia recibido la

órden pérdida de levantar su campo y de abrir de este modo el acceso de la capital á los austriacos, pero su patriotismo no le permitió obedecerla. En el palacio se hacían secretamente preparativos de ataque y defensa; los aposentos interiores del rey estaban llenos de nobles y de emigrados que habían regresado; el estado mayor de la guardia nacional conspiraba con la corte, el Carrousel y el jardín de las Tullerías era un campamento; el palacio una fortaleza pronta á vomitar la metralla y el incendio sobre París.

El suelo mismo del jardín de las Tullerías era mirado por el pueblo como una tierra maldita en que estaba prohibido poner el pie á los buenos ciudadanos. Entre la plataforma de los Fuldenses y el jardín habían estendido una cinta tricolor con esta inscripcion amenazadora: «¡Tirano, nuestra cólera pende de una cinta, tu corona pende de un hilo!»

Las secciones de París, estos clubs legales, estos fragmentos incoherentes de las municipalidades, trataron de adquirir alguna unidad para hacerse mas imponentes y mas temibles á la Asamblea y á la corte. Petion organizó en la casa de la ciudad una oficina de correspondencia general entre las secciones; se redactó en su nombre una proclama al ejército, que no era sino una provocacion al degüello de los generales. «No es contra los austriacos, decían á las tropas, contra quienes La Fayette quisiera conducirnos, sino contra nosotros; con la sangre de los mejores ciudadanos es con lo que él quiere regar el pavimento del Palacio Real, á fin de complacer á esa corte insaciable y corrompida, pero nosotros le vigilamos y somos fuertes. En el momento en que los traidores quieran entregar nuestras ciudades al enemigo, los traidores habrán desaparecido, y nosotros pereceremos envueltos en las cenizas de nuestras ciudades!»

Discursos análogos á esta proclama agitaron el alma del pueblo en las secciones: la prensa difundió en todo

el reino uno de estos discursos pronunciados en las secciones del Luxemburgo, y cuya concision revelaba la energia. «¡Franceses! habeis hecho una revolucion; ¿pero contra quién? contra el rey, la corte, los nobles y sus partidarios? ¿A quién habeis confiado la suerte de esta revolucion despues de hecha? Al rey, á la corte, á los nobles y á sus partidarios. ¿A quién haceis la guerra en el exterior? A los reyes, á las cortes, á los nobles y á sus partidarios. ¿A quién habeis puesto á la cabeza de vuestros ejércitos? Al rey, á los nobles, á la corte y sus cómplices. ¡Y bien, deducid de esto la consecuencia! ¡O el rey, los nobles y los intrigantes que están á la cabeza de vuestros negocios y de vuestros ejércitos son todos unos *Brutos* que sacrifican sus padres, sus hermanos y sus hijos por la salud de la patria, ú os hacen traicion!» La conclusion de este discurso fácil de sacar, era que no se debía confiar una revolucion á los hombres contra quien se había hecho; es decir, que todas las semirevoluciones son quiméricas, y que solo la república puede hacer una guerra sincera á la monarquía. «Levantaos, ciudadanos... (de la seccion de Mauconseil) un tirano despreciable se burla de nuestros destinos, ¡qué caiga! La opinion solo forma la fuerza de los reyes, ¡y bien, que la opinion los destrone! declaremos que nosotros no reconocemos á Luis XVI por rey de los franceses.»

Danton en la seccion del Teatro francés, despreció altamente la distincion aristocrática entre ciudadanos activos y pasivos, y los apellidó á todos proletarios ó propietarios; á tomar las armas para la salvacion de la patria comun.

## II.

Mas lógico que La Fayette, Danton no creía que la riqueza equivaliese al nacimiento entre los ciudadanos, y prescindía de ambas cosas: este llamamiento al derecho

y al número, debía embotar las bayonetas de la guardia nacional en el bosque de picas de los federados: los alistamientos voluntarios para la frontera, se hicieron con mas actividad, teniendo lugar solemnemente en la plaza de la casa de la ciudad: estos alistamientos, tenían la forma antigua. Cuatro tribunas elevadas en los cuatro ángulos de la plaza, estaban ocupadas por los comisarios que recibían á los voluntarios con música y en medio de las exclamaciones de la multitud: alocuciones ardientes inflamaban el ánimo de los voluntarios: «ciudadanos, vamos á partir, decían los oradores de la seccion del Hospital de los ciegos, estais cerca del timon, vigiad al piloto, vale mas echarlo al mar que vigilar la tripulacion: el siglo XIX se acerca, y ojalá á esta época de 1800 todos los habitantes de la tierra ilustrados y libres dirijan á Dios un himno de reconocimiento y de libertad: pedid aun á Luis XVI si quiere tomar parte en esta fiesta universal: le reservaremos el primer puesto en este banquete; si él lo rehusa, ¡adios! nuestras mochilas están prontas, y nuestro mensaje es la luz que precede al rayo.»

La repercusion de estas convulsiones exteriores, se hacia sentir en los Jacobinos, en los Franciscanos, y hasta en la Asamblea. Las sesiones se pasaban en ver desfilar las diputaciones y en oír discursos: los marseleses, en número de quinientos, fueron á declarar por el órgano de su orador, que el nombre de Luis XVI no les recordaba sino traiciones, y pedían la acusacion de los ministros y la deposicion del rey: «El pueblo se ha levantado, gritó el orador de los federados, y os pide una respuesta categórica: ¿podeis salvarnos, si ó no?»

Isnard, en un discurso ardiente como las vociferaciones de la ira, lanza contra el rey el ultrage, la acusacion, la ignominia y la muerte. Petion razonando friamente sin rencor leyó en la barra con la autoridad de su magistratura la comunicacion del ayuntamiento de Paris que era un acta de acusacion contra el rey: «Nosotros no trazaremos,

decía el corregidor de Paris, la conducta de Luis XVI desde el principio de la revolucion; sus proyectos sanguinarios contra la ciudad, su predileccion por los nobles y los sacerdotes y su aversion al pueblo; la Asamblea constituyente ultrajada por los criados de la corte, atacada por hombres armados, errante en medio de una ciudad real, no teniendo mas asilo que un juego de pelota, ¡cuantas razones no tendriamos para separarlo de un trono en el momento en que la nacion fuese dueña de disponer de él! ¡Nosotros se lo dejamos, nosotros unimos á esta generosidad todo lo que puede realzar, fortificar y embellecer este mismo trono! El ha vuelto contra la nacion todos estos beneficios, se ha rodeado con nuestros enemigos, he separado á los ministros ciudadanos que poseian nuestra confianza y se ha ligado con esos emigrados que meditan la guerra exterior contra nosotros, con esos sacerdotes que conspiran en el interior la guerra civil: ha detenido nuestros ejércitos prontos á invadir la Bélgica, y es el primer eslabon de la cadena contrarevolucionaria: ha traído á Pílnitz en medio de Paris, su nombre lucha con el nombre de la nacion, y ha separado sus intereses de los de su pueblo; separemonos pues de él. Os pedimos su proscripcion.»

En la sesion del 5 de agosto, Guadet leyó varias peticiones de los departamentos que concluían, como la de Petion, demandando la proscripcion del rey. Vaublanc protestó con valor contra estas peticiones inconstitucionales y contra la opresion que la tribuna y los peticionarios ejercian sobre la libertad de los representantes de la nacion con sus insultos y amenazas. Condorcet justificó los términos de la peticion del ayuntamiento de Paris sobre la proscripcion, y apeló como Danton al pueblo contra los ricos, los federados anunciaron que habian tomado la determinacion de sitiar el palacio de las Tuñlerias hasta que la Asamblea hubiese pronunciado la caducidad del trono.

1793  
III.

La corte, sin embargo, velaba; los ministros pasaban las noches en palacio con algunos oficiales municipales con sus fajas, para dar un caracter legal á la resistencia. Rumores de fuga circulaban por el pueblo y el ministro de lo Interior los desmintió por medio de una nota oficial. Se esparció con profusion un escrito que decia: «Esta noche, á eso de las dos, el rey en traje de paisano ha salido de palacio y se ha dirigido hácia el puente levadizo, siguiendo la grande avenida de las Tullerías: la estatura del rey no permite equivocarse, y el centinela lo ha conocido en seguida y ha llamado á las armas: el principe fugitivo ha vuelto á toda prisa hácia palacio, y ha escrito al corregidor que ha ido al momento á palacio: el rey le ha contado á su manera el acontecimiento que, segun él, se reducía á dar un paseo: se dice que Mr. de la Rochefoucauld le esperaba para conducirle á parage seguro.» El ministro atestiguaba que el rey no habia salido de palacio durante la noche, y que su permanencia seria justificada por los oficiales municipales, á quienes el anuncio de una agresion nocturna habia detenido cerca del rey en el momento mismo en que se señalaba su evasion.

El 6, la noticia del asesinato de cuatro administradores en Tolon, consternó de nuevo á la Asamblea. En seguida se discutió si habia lugar á la acusacion de La Fayette. La comision extraordinaria nombrada para informar sobre este asunto, concluyó por la acusacion. Vaublanc justificó al general diciendo: «Si hubiera tenido proyectos ambiciosos ó criminales habria pensado entonces como Sila, César ó Cromwell en fundar su poder en victorias; Cromwell fué á la tiranía apoyándose sobre la faccion dominante, La Fayette la combate; Cromwell forma un

club de agitadores, La Fayette aborrece y persigue á los agitadores; Cromwell hace decapitar al rey, La Fayette defiende el trono constitucional.»

Brisot, acusado con tanta frecuencia en los Jacobinos de complicidad con La Fayette, quiso luchar en popularidad con Robespierre y sus amigos, sacrificando á La Fayette á sus sospechas. «Yo le acuso, esclamó yo, que fui su amigo, le acuso de haber dirigido nuestro ejército como si estaviese de acuerdo con la casa de Austria! ¡Yo le acuso por no haber vencido! ¡Yo le acuso por haber consumido el tiempo en hacer escribir y firmar peticiones á sus tropas! ¡Yo le acuso por haber abandonado á su ejército delante del enemigo! ¡Yo le acuso de haber aspirado á ser el árbitro de la Francia!» El decreto de acusacion fué rechazado por una fuerte mayoría.

Al salir de la sesion, Vaublanc, insultado, perseguido y golpeado por el pueblo, tuvo que buscar un refugio en uno de los puestos de la guardia nacional. El pueblo ya no queria legisladores sino aduladores. Girardin y Dumolard sufrieron los mismos ultrajes: un federado penetró con Dumolard hasta el cuerpo de guardia, golpeó como un loco en la mesa y declaró al valiente representante que si volvía á la sesion le cortaría la cabeza de un sablazo: estos hechos, referidos al otro dia en la Asamblea, suscitaron la indignacion de los constitucionales, la sonrisa de los girondinos y los silbidos de las tribunas: Girardin declaró que el dia anterior al salir de la sesion habia sido golpeado. «¿En qué sitio?» le preguntaron irónicamente. «Se me pregunta en qué parte he sido golpeado? repuso con animosa indignacion Girardin; ¡por detrás! ¡los asesinos no lo han hecho nunca de otro modo!» Esta palabra hizo que se le respetase de nuevo. El valor es la principal elocuencia; porque es la elocuencia del carácter; Girardin la poseia en el mas alto grado: educado por Rousseau en Ermenonville, tenia la agudeza de Voltaire: nadie arrojó como él las pasio-

nes brutales de la muchedumbre en estos tiempos de furor, y se hizo perdonar tanta audacia merced á su gran talento.

El mismo día, doce hombres armados se presentaron en casa de Vaublanc, forzaron la puerta, le buscaron inútilmente por toda la casa, y dijeron al retirarse que si este orador volvía á subir á la tribuna, lo matarian cuando bajase de ella. Vaublanc subió la misma noche para denunciar estas tentativas de intimidación. Hombre de ánimo recto, con una voz fácil y sonora, y de una intrepidez propia de los tiempos antiguos, si no tenía la elocuencia de un orador de primer orden, tenía al menos la abnegación de un ciudadano. Luchaba solo y siempre era vencido cuando lo hacía contra los girondinos. «Yo desafío toda violencia, decía, que nos haga faltar á nuestro juramento á la Constitución. Yo no creo que la imaginación más bárbara pueda figurarse los tratos indignos de que algunos colegas nuestros han sido ayer víctimas. . . . Y qué, añadió, ¿si uno de vuestros embajadores fuese ultrajado en una corte estrangera, no sacaríais la espada para vengar á la Francia insultada en él? ¿Sufriréis que á los representantes de la Francia soberana y libre, se las trate en el suelo patrio como no lo serian en Austria ó Prusia?»

Grangeneuve é Isnard justificaron á Petion por su impotencia y acusaron á los aristócratas de ser los instigadores de estos excesos. Guadet hizo la mocion visible de que se preguntase al rey si tenía medios de salvar el orden público y de proteger el imperio, las risotadas y los aplausos de la izquierda indicaron á Guadet que se le había entendido: Roederer, procurador síndico del departamento, mandado comparecer en la barra, no disimuló el peligro público y anunció que la campana de rebato debía tocar por la noche en los cuarteles de la insurrección, habló de las providencias que se habían tomado y dijo además que las fuerzas con que se contaba

eran insuficientes para resistir al movimiento: Petion, citado también, siguió á Roederer, y justificó la dependencia, á cuyo frente estaba, acusando al departamento; insinuó que la división existía entre los ciudadanos mismos llamados para defender el orden, y ocultó su complicidad con los girondinos con palabras ambiguas que podían tener un sentido diferente según á quien fuesen dirigidas; los girondinos comprendieron estas palabras como un estímulo á su empresa y los constitucionales como una confesión de impotencia: la Asamblea no decidió nada.

## IV.

Durante esta indecisión calculada del ayuntamiento y de los girondinos, un directorio secreto conocido de Petion, y que él mismo confesó haber preparado mucho tiempo antes el plan de la insurrección del 10 de agosto, se agitaba en la oscuridad.

En París había un comité central compuesto de cuarenta y tres gefes de los federados de esta ciudad y de los departamentos, reunidos bajo los auspicios y en el recinto de los Jacobinos para concertar entre ellos la dirección que se había de dar á los movimientos. Este era el cuartel general de aquel campamento de la revolución; demasiado numeroso para que en sus reuniones hubiese el misterio y la unidad necesarias en las conjuraciones; este comité escogió en su seno un directorio ejecutivo y secreto, compuesto de cinco miembros de una capacidad y de una decisión conocidas, al cual se le encargó de la dirección de lo que se resolviese y de los preparativos necesarios al intento, cuyos cinco miembros eran: Vangeois, vicario del obispo de Blois; Debessé, federado del Drome; Guillermo, profesor en Caen; Si-

mon, periodista en Estrasburgo, y Galessot de Langres. Estos se unieron en seguida á los directores del movimiento en París, que tenían con anticipacion los hilos de la agitacion en los diferentes cuarteles de la capital y á los principales demagogos de los arrabales.

Eran estos el periodista girondino Carra, Fournier el americano, Westermann, Kienlin el alsacio, Santerre, Alejandro, Lazouski, polaco naturalizado en Francia por su fanatismo republicano; Antonio de Metz, antiguo miembro de la Asamblea constituyente; Lagrey y Garcin electores de 1789.

## VI

La primera sesion de este directorio se tuvo en una taberna de la calle de San Antonio, titulada el *Sol de Oro*, cerca de la Bastilla en la noche del jueves al viernes 26 de julio. Gorsas, redactor del correo de Versalles y uno de los gefes de la columna que habia salido el 6 de octubre para traer al rey á París, unido despues con los girondinos para detener el movimiento que habia acelerado, compareció á las dos de la madrugada en la taberna para hacer prestar á los conjurados el juramento de morir ó conquistar la libertad. Fournier el americano llevó una bandera con esta inscripcion: *Ley marcial del pueblo soberano!* Carra fué desde allí á casa de Santerre á recoger quinientos ejemplares de un cartel que no contenia mas que estas palabras: *¡Mueran los que tiren contra las columnas del pueblo!*

La segunda sesion tuvo lugar el 4 de agosto en el *Cuadrante Azul* en el baluarte de la Bastilla. Camilo Desmoulins, agente y pluma de Danton asistió tambien á aquel conciliábulo. A las ocho de la tarde, los conjurados, no habiendo resuelto nada, se fueron para adquirir mas

amplias, noticias á la habitacion del exconstituyente Antoine, calle de San Honorato, frente á la iglesia de la Asuncion, en la misma casa que habitaba Robespierre: madama Duplay sectaria acérrima de las ideas de éste, temiendo ver comprometida la vida de su huésped por un conciliábulo que designaria su casa como un foco de insurreccion, subió á media noche á ver á Antoine y le preguntó enfadada si queria hacer degollar á Robespierre: «¿No tenemos otra cosa que hacer que pensar en él?», respondió Antoine, «¡que se oculte si tiene miedo, si alguno ha de ser degollado seremos nosotros!»

Carra escribió por sí mismo en casa de Antoine el último plan de insurreccion, la marcha que debian seguir las columnas y el modo de atacar el palacio. Simon de Estrasburgo trasladó este plan enviando á media noche copias de él á Santerre y á Alejandro, comandantes de los arrabales. Estando mal preparada la insurreccion fué preciso diferirla hasta el 10. En fin la noche del 9 al 10, los miembros del directorio se subdividieron en tres centros insurreccionales y se reunieron en tres sitios diferentes y á la misma hora á saber: Fournier el americano con Alejandro en el arrabal de San Marcelo; Westermann, Santerre y otros en el de San Antonio; Carra y Garin en el cuartel de los marseleses en la habitacion misma del comandante, donde deliberaron en presencia de la tropa. Tambien tenian lugar al mismo tiempo otras reuniones de realistas para concertar la salvacion del rey á pocos pasos de distancia de estos conciliábulos. Un comisario de una de estas reuniones contrarrevolucionarias encargado de unos papeles importantes, se equivocó de puerta entrando en la casa en donde los republicanos conspiraban, se reconoció el error al abrir los pliegos que aquel llevaba. Carra propuso que se asesinase al mensajero á fin de conservar el secreto de la conjuracion republicana que la casualidad le habia descubierto; pero un crimen aislado era inútil en el momento en que el to-

que de rebato iba á revelar la conspiracion á todo un pueblo.

La campana sonó en efecto en algunas torres de los cuarteles mas escéntricos de Paris. Una página de íntima confianza arrancada á los recuerdos de la jóven esposa de Camilo Desmoulins, Lucila Duplessis, y manchada con la sangre de esta víctima, ha conservado á la historia las impresiones ingenuas y siniestras que los primeros sonidos de la campana causaron en los conspiradores del 10 de agosto. Mientras se armaban y disponian para el combate ó para la muerte, se leen sus emociones íntimas á través de los papeles que representaban. El 8 de agosto Lucila volvió del campo á Paris para estar al lado de Camilo Desmoulins la vispera del peligro, porque adoraba á su marido. El 9 dieron una comida de familia á Freron, á Rebecqui, á Barbaroux y á los principales gefes marseleses: la comida fué alegre como las impresiones de la juventud, la presencia de aquella hermosa muger, la amistad, el vino, las flores, el amor dichoso, las ocurrencias de Camilo, y la esperanza de una próxima libertad, ocultaban la muerte que podia traer aquella noche. Todos se separaron para ir á buscar su suerte.

Lucila, madama Duplessis su madre, y Camilo Desmoulins, fueron á casa de Danton, y encontraron á la esposa de éste llorando; su hijo lloraba tambien mirando á su madre como si hubiese tenido el presentimiento de la elevación súbita de los crímenes, y finalmente del suplicio al que aquella noche fatal iba á conducir á su padre. Danton estaba sereno, resuelto, casi jovial, pero dominado por un pensamiento secreto y grave. Feliz por la aproximacion de un gran movimiento, é indiferente al resultado, con tal de salir bien la accion por su talento. Aun no estaba bien seguro de que el público se levantase en una masa imponente, ni de que el movimiento pudiese tener lugar aquella noche. Madama Desmoulins aseguraba que si, y que quedaria triunfante. En-

contraba sus pronósticos en su dicha y los afirmaba risueña. «¿Se puede reír tan ligeramete en unos momentos tan terribles? le dijo muchas veces madama Danton. «¡Ah! respondió la jóven republicana, que cambiaba de fisonomia y de acento así como de impresiones, esta alegría insensata me presagia tal vez que derramaré muchas lágrimas esta noche!»

## VI.

El cielo estaba sereno, las mugeres bajaron á la calle para respirar el fresco, y dieron algunos paseos por ella. Habia mucho movimiento; algunos sans-culottes pasaban gritando *viva la nacion!* Después, pasó tambien alguna tropa de caballeria, y en fin, un gentío inmenso. Lucila empezó á tener miedo. «Yámonos», dijo á sus compañeras madama Danton, acostumbrada á los tumultos, en medio de los cuales vivia su marido, se burlaba del temor de Lucila. Sin embargo, á fuerza de oírla repetir que estaba temblando, concluyó por temblar tambien. La campana va á tocar, se dijeron las mugeres y se volvieron á casa de Danton: los hombres se armaron. Camilo Desmoulins llegó entonces con un fusil, y su muger se metió en una alcoba, se tapó la cara con las manos, y se puso á llorar: no obstante, no queriendo revelar su debilidad en público ni disuadir á su marido en voz alta á tomar parte en el combate, buscó medio de espresarle por escrito sus temores. Camilo tranquilizó á su muger jurándole que no se separaria de Danton. El jóven Freron, amigo de Camilo y que adoraba á Lucila, parecia resuelto á perecer. «Estoy cansado de la vida, decia, no busco sino la muerte.» El paso de las patrullas por las calles, hacia creer á madama Desmoulins que veia á su marido y á sus amigos por la última vez; así

es, que fué á ocultarse en la sala inmediata que estaba poco alumbrada para no hallarse presente á la salida de los hombres: cuando hubieron salido, volvió, se sentó en una silla al lado de una cama, reclinó la cabeza sobre los brazos, y se durmió rendida de llorar.

Después de una ausencia de algunas horas, Danton volvió para acostarse: á media noche vinieron luego á buscarle, y se fué al ayuntamiento: la campana de los Franciscanos, tocaba por orden de Danton mientras que su voz, como otra campana, despertaba á los marseleses en su cuartel. ¡El toque de rebato duró mucho tiempo! sola, bañada en lágrimas y con la cabeza oculta entre sus manos, madama Danton escuchaba el eco lúgubre y febril de las campanas. Danton volvió de nuevo: ciertos hombres fieles iban á cada momento á anunciarle los progresos de la sublevación: á la una, Camilo Desmoulins volvió también, abrazó á su muger, y durmió algunos instantes, saliendo de nuevo antes que fuese de día. Por la mañana se oyeron varios cañonazos, á este estruendo, madama Danton palideció, y cayó en el suelo desmayada. Las mugeres, al ver esto, se asustan, prorumpen en reconvencciones, y esclaman, que Camilo Desmoulins con sus escritos y con sus ideas es la causa de todo. Al mismo tiempo se oyen llantos, lamentos y gemidos en la calle, creyendo sus vecinos que todo Paris estaba inundado de sangre. Camilo Desmoulins volvió y dijo á Lucila, que la primera cabeza que había visto rodar, era la de Suleau: ¡Este era escritor como Camilo! Sus crímenes eran su opinion y su talento: este presagio hizo palidecer y llorar á Lucila.

## VII.

Durante aquella terrible noche, á las mismas horas, y á poca distancia de la casa de Danton, los tañidos de

la campana llevaban el terror y la muerte al oído de otras mugeres que velaban, rezaban y lloraban también desfavoridas por los peligros que amenaban á su marido, á su padre, á sus hijos, y á ellas mismas.

La reina y madama Isabel, escuchaban desde los balcones de las Tullerías los murmullos ya crecientes, ya en disminucion de las calles de Paris. Su corazón se comprimía ó se dilataba según que los síntomas de agitación de la capital las infundian esperanza ó consternación: á media noche las campanas empezaron á dar la señal de la reunión. Los suizos se formaron en batalla como murallas de hombres; el ruido de las campanas había disminuido, y los confidentes fueron á avisar á palacio que las reuniones se efectuaban con trabajo, y que la campana no conseguía nada. La reina y madama Isabel fueron á descansar vestidas sobre un canapé en un gabinete de los entresuelos, cuyas ventanas daban á un patio. El rey, á quien María Antonieta instaba para que se pudiese el chaleco acolchado que le había hecho preparar, lo rehusó con nobleza. «Esto es bueno, le dijo, para librarme del puñal de un asesino en un día de ceremonia, pero en un día de combate en que todo mi partido espone su vida por el trono y por mí, sería una cobardía no esponerme lo mismo que nuestros amigos.»

El rey volvió á su aposento, y se encerró con su confesor el abate Hebert para purificar su alma y para ofrecer su sangre en holocausto; las princesas se quedaron solas con sus damas: madama Isabel, quitándose el pañuelo del pecho antes de acostarse en el canapé, sacó de su seno un alfiler de cornelina sobre el que la piadosa princesa había hecho grabar las siguientes palabras; *olvido de las ofensas, perdón á las injurias.* «Yo temo, dijo sonriendo melancólicamente, que esta máxima no sea verdad sino para nosotros; pero es un precepto divino, y no por eso debe sernos menos sagrado.»

La reina hizo sentar á sus pies á una de las señoras

que quería mas, las dos princesas no podian dormir, y hablaban en voz baja de su dolorosa situacion y de sus temores por la vida del rey. A cada instante una de ellas se levantaba, se aproximaba á la ventana, miraba, escuchaba el movimiento, los ruidos sordos, y hasta el silencio pèrdido de la ciudad. Oyóse en esto un tiro en uno de los patios; entonces se levantaron sobresaltadas y subieron á donde estaba el rey para no separarse de él, pero aquello no fué sino una falsa alarma. Una corta noche separaba aun á la familia real del día fatal que iba á aparecer. Aquella tarde y su noche se emplearon en preparativos militares para defenderse del asalto que se esperaba á la mañana siguiente.

## VIII.

El palacio de las Tullerías, mas bien casa de lujo y de ostentación del trono, que su verdadera mansion, no tenia ninguna de esas defensas con que las soberanías militares y feudales habian fortificado antiguamente sus residencias. Destinado á las fiestas y no á la guerra, el cineel de Filiberto Delorme lo habia adornado mas para el placer de la vista que para intimidar al pueblo: estendiendo sus ligeras alas desde el dique del Sena á las calles mas tumultuosas de París, entre patios y un jardin flanqueado de azoteas aéreas, sostenidas por columnas, rodeado de graciosos pórticos accesibles por dos ó tres escalones que los separaban del suelo de los jardines, atravesado en el centro por un pórtico inmenso que va de una parte á otra, y bajo el cual salian las gradas de la escalera principal; en fin, abierto por todos lados por altas y anchas ventanas que permitian al pueblo registrar con sus miradas hasta el interior de los aposentos. Este palacio abierto con galerías, salas de grande pers-

pectiva, teatro, capilla, estatuas, cuadros y museos, parecia el salon de la Francia, mas bien que la fortaleza del trono. Era el palacio de las artes en una ciudad libre y pacífica.

Algunas construcciones pesadas, ordinarias y sin elegancia se habian hecho bajo la influencia del mal gusto de Luis XIV, en las dos estremidades de este palacio de los Médicis. Estas fábricas chocaban por su poca gracia, por sus pisos acumulados y por los techos desproporcionados que los achatan, con la arquitectura sabia y lógica de Italia, que armoniza las líneas como el músico armoniza las notas y que hace de sus monumentos la música de los ojos. Estos dos edificios macizos reunidos al palacio central por dos cuerpos rebajados, se llaman el uno pabellon de Flora y el otro el pabellon Marsan: el primero tocaba al Sena y la estremidad del Puente Real: el pabellon Marsan tocaba á unas calles estrechas y tortuosas que reunen el Palacio Real con las Tullerías.

Un jardin inmenso, plantado regularmente de árboles antiquísimos, refrescado por surtidores de agua, entre cortado por cuadros de yerba en donde se levantan sobre pedestales estatuas de mármol, y cubierto de arbutos y flores, se estiende á lo largo de las orillas del Sena, hasta el pabellon Marsan en toda la fachada del palacio, y desde éste hasta la plaza de Luis XV que los separa de los Campos Eliseos. Los paseos de este jardin, anchos y largos como los pensamientos reales, parecian haber sido trazados no para el paseo de una familia ó de una corte, sino para las columnas de todo un pueblo. Un ejército entero puede acampar en solo el espacio comprendido entre el palacio y los árboles. Dos largas azoteas flanquean este jardin en toda su estension, la una de ellas por la orilla del rio y reservado á la familia real. Luis XVI habia hecho construir allí un pabellon rústico, y plantar un pequeño jardin para ejercicio de distracción del delfin: la otra azotea llamada terraza de los Fulden-

ses, sigue la orilla opuesta del jardín desde el pabellon Marsan hasta la azotea del invernadero de los naranjos, que describe un semicírculo á la estremidad del jardín y descende por una rambla al puente levadizo.

## IX.

Este puente está á la entrada del jardín de las Tullerías por el lado de los Campos Eliseos, cae sobre un foso profundo y está defendido por un cuerpo de guardia: la azotea de los Fuldenses tiene dos escaleras á alguna distancia del pabellon Marsan; la una conducía antes á un café que daba al jardín y que se cerró por este lado desde los alborotos, se llamaba café Hotot y era el punto de reunion de los oradores del pueblo, á quienes la intermediacion de la Asamblea nacional atraía á aquel punto desde que esta se habia establecido en París. La otra escalera conducía del jardín á la Asamblea por un paso estrecho, oscuro é infecto, que el rey tenia precision de atravesar cuando iba de ceremonia en medio de los legisladores.

Por el lado del Carrousel, cuatro patios separados los unos de los otros y del Carrousel mismo, por edificios para distintos objetos, bajos y desunidos entre sí, y muros, en los cuales habia algunos cuerpos de guardia, formaban el palacio: el primero de estos patios por el lado del río servia de entrada al pabellon de Flora y se llamaba el patio de los Príncipes; el segundo es el Patio Real que da frente al centro del palacio y conducía á la escalera principal; el tercero era el de los Suizos; estas tropas tenían allí su cuartel; en fin, el cuarto correspondía al pabellon Marsan y llevaba este nombre: el pabellon de Flora se comunicaba por una puerta del piso principal de las Tullerías con la estensa galería del Louvre que

sigue el dique del Sena desde este pabellon hasta la columnata. Esta galería está destinada á ser el museo de la Francia y á contener las obras maestras de pintura y escultura antiguas ó modernas que los siglos se transmiten como testimonio de su civilizacion y como producto intelectual del genio. Previéndose una invasion del pueblo que hubiera podido escalar el Louvre, se habia cortado el piso interior de esta galería á distancia de sesenta pasos de las Tullerías; esta cortadura hácia la agresion imposible por el primer piso: un puesto de treinta suizos guardaban noche y día el espacio comprendido entre la cortadura y el pabellon de Flora. Tal era la disposicion del sitio en que el rey estaba condenado á recibir la batalla del pueblo, situado en este palacio sin fosos, sin murallas, sin espacio para ejecutar los movimientos necesarios y sin retirada: las Tullerías se edificaron ó para reinar ó para morir.

## X.

Lo inminente del ataque era una cosa cierta para todos los partidos. Petion hacia algunos días que iba con frecuencia á palacio para conferenciar con los ministros y con el rey mismo, sobre los medios de defensa del edificio y de la Constitucion. ¿Iba allí á ejecutar sinceramente los deberes que sus funciones le imponian? ¿Iba á gozarse anticipadamente en las angustias de la familia real y en la impotencia de sus defensores? Su complicidad secreta con los conjurados, sus resentimientos personales contra el rey y sus relaciones con Roland, dejan las conjeturas tan fluctuantes como fluctuante era el carácter de este hombre.

... XI. ...

En la tarde del 9 fué Petion á la Asamblea, anunció que la asonada se verificaria aquella noche, y dió por sí mismo la orden á Mr. de Mandat de reforzar las guardias y rechazar la fuerza con la fuerza.

Mr. de Mandat, uno de los tres gefes de division que mandaban por turno la guardia nacional, y que estaba encargado por esta razon del mando de las Tulléries, era un noble de las cercanías de París, capitan de las guardias francesas antes de la revolucion, siendo despues comandante de batallon de la guardia nacional en tiempo de La Fayette, de cuyas opiniones participaba. Adicto á la Constitucion por sus ideas, y por su corazon al rey, creia cumplir sus deberes de opinion y de soldado defendiendo en Luis XVI, al rey de sus abuelos y al gefe legal de la nacion. Hombre valiente, pero de pocos recursos intelectuales, era más propio para morir que para mandar bien; el rey, sin embargo, se fiaba con razon en su afecto. El jueves 9 Mandat dió orden á diez y seis batallones de la guardia nacional para que estuviesen prontos á marchar. A las seis de la tarde se triplicaron todos los puestos del palacio. Hacia dos dias que el regimiento entero de los guardias suizos, compuesto de novecientos hombres habia llegado, dejando solo un destacamento de algunos hombres en su cuartel de Courbevoie. Era su gefe Mr. de Maillardoz, y se les habia alojado en el palacio de Brionne y en las caballerizas del pabellon Marsan. A las once se pusieron sobre las armas y se les situó en los puestos avanzados á la salida de todas las avenidas.

## XII.

... XII. ...

Treinta guardias nacionales estaban con los suizos en el Patio Real, al pie de la escalera principal, con orden de Mandat para rechazar la fuerza con la fuerza, tal como Petion mismo se la habia dado al comandante general. Paris carecia de tropas de linea, los generales Wittenkoff y Boissieu, que mandaban la 17.ª division militar, en la que Paris está comprendido, no tenian á sus órdenes mas que la gendarmeria á caballo; la de infanteria permanecia en sus cuarteles, á escepcion de ciento cincuenta hombres situados en el palacio de Tolosa para proteger en caso necesario al tesoro real: treinta hombres de la gendarmeria de las cercanías de Paris estaban apostados al pie de la escalera del patio de los Principes. La gendarmeria á caballo contaba con seiscientos ginetes, mandados por Mres. de Rulhiere y Verdier; á las once de la noche esta caballeria se formó en batalla en el patio del Louvre: un corto escuadron de gendarmeria á caballo llegó del departamento y se situó en el Carrousel. En el Patio Real habia cuatro piezas de artilleria, delante de la puerta grande, situándose además una en el patio de los Suizos, otra en el de los Principes, otra en el de Marsan, dos en el puente levadizo, una á la embocadura del Puente Real, y dos á la puerta del Picadero; en todo doce piezas. Los artilleros eran voluntarios de la guardia nacional, envanecidos por la superioridad de su arma, y poco dóciles á la obediencia.

Los diez y seis batallones de la guardia nacional llegaron por destacamentos, con intervalos de una hora: reunidos con trabajo no formaron en su totalidad sino unos dos mil combatientes. Los oficiales suizos fraternizaban con los oficiales de estos destacamentos á medida